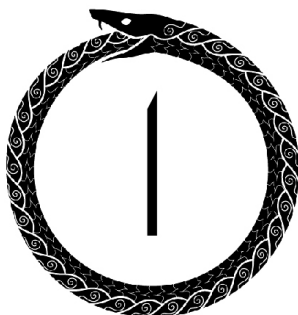


EL ETERNO RETORNO

EL ETERNO RETORNO



PAU VARELA



elastronautaimposible.blogspot.com.es

Título: *El Eterno Retorno*

© 2015 Pau Varela

© 2015 El astronauta imposible sobre la presente edición.
elastronautaimposible.blogspot.es

Diseño de cubierta: Pau Varela

Corrección: Ana Beltran

Primera edición: Diciembre 2015

ISBN-10: 1517701732

ISBN-13: 978-1517701734

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el previo permiso del autor. Todos los derechos reservados.

El futuro es incierto, pero el final está siempre cercano.

Jim Morrison

*Estoy atormentado por el perenne prurito de las cosas remotas.
Sueño con navegar por mares prohibidos y abordar costas bárbaras.*

Herman Melville

Lleva mucho tiempo llegar a ser joven.

Pablo Picasso

El supremo arte de la guerra es someter al enemigo sin luchar.

Sun Tzu, *El arte de la guerra* (400 a. C. — 320 a. C.)

HACE MUCHO TIEMPO,
MIL AÑOS EN EL FUTURO...

PRÓLOGO

PYM

Formas cinéticas bailando al ritmo de una luz pálida, envueltas por melodías inaudibles. Siluetas humanas puras, como nunca había visto antes, fundiéndose unas con otras en un continuo temporal de carne ocre. El niño era consciente de que lo que veía, o más bien lo que sentía, no era real. Apreciaba una calidad insólita en toda la escena, una pátina fina que acentuaba la falsedad del conjunto.

Estoy soñando.

Y sin embargo, algunos elementos se perfilaron nítidos a través de ese filtro turbio. Imágenes surgidas de ningún otro lugar que de su subconsciente, tan intensas, tan vívidas, que durante los breves instantes antes de abrir los ojos hacían del mundo real una mera ilusión.

Quizás fuera síntoma de su inminente madurez.

2 PAU VARELA

O quizás tan solo fueran los efectos secundarios de la adenocaína que le habían inyectado antes del hipersueño.

Al despertar, el sueño se desvaneció como el negativo de un paisaje grabado en el reverso de sus párpados. Durante un tiempo se contentó con quedarse acostado sobre la dicha de la ignorancia, pero pronto sus sentidos se agudizaron y su mente se aceleró.

La cámara donde se encontraba estaba boca abajo. Yacía de bruces sobre lo que debería haber sido el techo. Los ledes de emergencia lo bañaban todo con luz roja y las alarmas se habían vuelto locas. El aire que escupían los respiraderos del sistema de ventilación era caliente y llevaba consigo el aroma inconfundible a metal y a plástico quemados.

—¿Dónde...? —se preguntó entre dientes, mientras se daba la vuelta.

El niño prestó atención a los sonidos que le llegaban y rezó para que sus sentidos hallasen significado en ellos. El lamento del metal al retorcerse fue la única respuesta que le devolvió la astronave.

Entonces alzó la mirada y las vio.

Cuatro vainas de estasis en el techo. O en el suelo, para ser más exactos. Dos de ellas, incluida la suya, estaban abiertas. Las otras dos habían sido atravesadas por componentes del fuselaje que se habían desprendido durante el brusco aterrizaje. A través del revestimiento transparente reconoció dos siluetas perfiladas en negro, medio ocultas tras charcos de sangre que se vertían por los orificios perforados en las dos vainas y le caían encima como una lluvia espesa.

Una pulsación creció en torno a su corazón y la garganta se le trabó. Se sacudió la pena de encima moviendo la cabeza de izquierda a derecha. No tenía tiempo que perder, debía moverse con premura.

Debía encontrarla.

Respiró hondo unas cuantas veces para serenarse y, cuando se sintió con fuerzas suficientes, gateó hasta el único acceso de la sala, una puerta metálica que permanecía entreabierta con el marco ahora suspendido por encima de su cabeza.

La galería central de la nave estaba anegada de agua y completamente a oscuras. Resultaba difícil orientarse en ese nuevo entorno invertido. El niño tuvo que escalar por una pared para poder llegar hasta la esclusa de aire.

Dentro de la cámara estanca, se puso uno de los cascos que utilizaban para realizar paseos espaciales, se lo ajustó al cuello del biotraje y pulsó el relé para desbloquear la escotilla externa. El magullado mecanismo hidráulico se quejó, pero consiguió cumplir con su función y la escotilla se irisó. Una intensísima luz blanca se filtró a la cámara y él se arrojó a sus fauces sin dudarle.

En el exterior descubrió un paisaje desolado.

Un muro de árboles nacarados y despojados de corteza hacía guardia en la orilla de una gran depresión. Los débiles rayos de sol se filtraban a través de sus ramas petrificadas, chocando a su paso con una calima grisácea.

Se deslizó sobre el casco de la gigantesca astronave, postrada ahora en la roca y rodeada por fragmentos en llamas esparcidos hasta donde alcanzaba la vista, y se alejó de ella arrastrando los pies. La gravedad de ese planeta era mayor que la que estaba acostumbrado.

Él no lo sabía, pero caminaba sobre lo que una vez había sido el lecho de un mar, del cual ya solo quedaban bancos de arena negra y charcas de agua estancada. Los restos de un puerto sepultado seguían allí, vigilados por los armazones oxidados de varios buques. No muy lejos, más allá de los árboles custodios, se alzaban varias estructuras en ruinas.

Una ciudad, se dijo incrédulo, una ciudad humana.

Un instante sobrevoló sobre su cabeza, dando tumbos en el aire. El planeta estaba muerto. Gimió de frustración y su queja quedó contenida dentro del casco del traje. Cuando esta se disipó, gritó con todas sus fuerzas hasta consumir el aire de sus pulmones.

—¡Ayuda! —su voz nació ahogada.

Maldijo su suerte en voz baja, conocía ese planeta.

Se adentró en las calles sepultadas de la ciudad y caminó entre ellas sin rumbo fijo, al borde del desmayo. En lo alto de una montaña de escombros, el niño vio asomar la silueta de la ocupante de la otra vaina abierta.

4 PAU VARELA

Su hermana.

Ella se volvió hacia él y al verlo le dedicó una sonrisa llena de afecto. No llevaba puesto el casco del traje, una imprudencia nada propia de ella.

—¡Hola Pym! —saludó su hermana mientras bajaba dando saltos de roca en roca hasta él. Estaba cubierta de ceniza y tenía una herida en la frente que se había tapado con un vendaje—. Sufría por ti, pensaba que no despertarías nunca.

Pym se quitó el casco del traje y lo dejó caer al suelo. La atmósfera del planeta olía a viejo, como una habitación que lleva tiempo cerrada.

—¿Qué ha pasado? —preguntó él. Todavía estaba mareado por la abrupta interrupción del hipersueño—. ¿Cómo hemos llegado hasta aquí?

—¿No es maravilloso? —exclamó ella, proyectando los brazos en dirección al cielo sobre la ciudad muerta—. ¿Sabes dónde estamos?

—Sí. —Pym saboreó el regusto cobrizo de la sangre en su boca y escupió al suelo un nombre—. La Tierra.

—¡La Tierra! —repitió su hermana dando un saltito—. Este desierto fue hace mucho tiempo un gran mar. ¿Te lo puedes creer? En sus márgenes nacieron y murieron culturas milenarias y se levantaron centenares de ciudades como esta.

—Oye, padre y madre... —empezó a decir él, las palabras se le trabaron en la boca.

A pesar de que no eran en verdad sus padres, que de ninguna manera lo podían ser, había crecido acostumbrado a ellos. Incluso había llegado a amar a aquel hombre y aquella mujer, si ello era posible. Los habían acogido a su hermana y a él, dos niños sin hogar, y los habían criado como hijos suyos. Recordaba la ternura en los ojos de su madre aquel primer día, a través del cristal blindado de seguridad, el brillo de su bata blanca. Él era muy pequeño entonces, pero desde aquel día, aun con su hermana a su lado, la soledad inherente a saberse único, a saberse diferente, le había acompañado como una sombra.

—Lo sé, lo lamento —dijo ella—. No quería que pasara, no tuve en cuenta la órbita del satélite al realizar los cálculos para el

cambio de rumbo. Casi nos estrellamos contra él. —Alzó la vista—. Los humanos lo llamaban simplemente *Luna*. Es precioso, ¿no te parece? Ha sido un error estúpido. No quería que nadie sufriera daño alguno. —Una sombra atravesó su rostro—. Pero lo que está hecho, hecho está. Ya no hay vuelta atrás.

—¿Qué estás diciendo?

—Tranquilo, todo irá bien.

—¡No, no, nada irá bien! —Pym se echó a llorar—. ¡Están muertos! ¿Es que no lo entiendes? Estamos perdidos en esta roca yerma, la nave se ha hecho pedazos. ¡Moriremos aquí!

Ella se limitó a sonreír, se arrodilló, abrazó a su hermano y le dedicó la misma expresión condescendiente con la que se mira a un niño que llora desconsolado por haberse raspado la rodilla. Siempre había sido así entre ellos. Ella, la mayor, era el espécimen más desarrollado, la criatura más inteligente de todo el sistema solar. Él la seguía a todas partes, intentaba imitarla, pero siempre era nada más que su hermanito.

—¿Sabes una cosa? —preguntó ella con una suavidad infinita—. Hace solo un milenio los humanos aún no habían salido de esta roca yerma, como tú la llamas. Este era su hogar. Vivían en comunidades de millones por todo el planeta. Eran la especie dominante de un ecosistema rico y rebosante de vida.

—La Tierra murió hace siglos, en la Guerra de la Diáspora, ¿recuerdas? Lo que quedó de la humanidad la abandonó para no volver.

—Y con todo aquí estamos —replicó ella—. Los dos de pie en este preciso lugar, en la cuna de la civilización humana. Entre tú y yo, no puedes creer todo lo que los hombres dicen. —Señaló un punto en el horizonte—. Mira.

Tras la línea de árboles y la ciudad en ruinas el niño vio una columna de humo, demasiado lejos para ser un fuego originado por los escombros de la astronave.

—No es posible...

—No todos se fueron. No todos murieron. Hubo gente que no quiso abandonar su hogar, que se resistió a desaparecer. Han olvidado muchas cosas y ni siquiera saben que han olvidado. Para ellos este planeta es todo lo que conocen. No les importa que la

humanidad tuviera un día las estrellas al alcance de la mano. Ellos se han adaptado, han sobrevivido pero siguen muriendo. Es trágico y bello a la vez.

Dicho esto, le dio la espalda a Pym y echó a andar a través de los gigantescos cascarones de los edificios, ignorando a su hermano pequeño como hacía siempre que algo la tenía fascinada. Él quiso seguirla, no la podía perder en ese planeta inhóspito. La necesitaba. Pero se quedó allí quieto y la siguió solo con la mirada, hasta verla desaparecer entre las ruinas de la ciudad.

Por primera vez en su vida Pym se vio solo, sin la protección de su hermana. No obstante, se sorprendió al notar su miedo retirarse y ser reemplazado por algo distinto, por una sensación de excitación desconocida para él hasta entonces. La curiosidad revestía la incertidumbre del nuevo camino.

En ese planeta olvidado se repitió solo una palabra para sí mismo. Un nombre.

—Lilit.

TRES SIGLOS DESPUÉS...



La astronave atracó en silencio en la estación de Fobos, la mayor de las dos lunas de Marte, en medio de la estrellada oscuridad del espacio. Dos cruceros de batalla la escoltaban con su armamento expuesto en cada una de sus troneras. Nolan Solari examinó la escena desarrollarse muda a través de las pantallas líquidas del falso mirador de la estación, sin perder detalle de las maniobras que los operarios de la base llevaban a cabo para anclar la astronave.

Nolan era un hombre de físico compacto y rasgos espartanos. Una frondosa barba negra, salpicada por briznas grises, ocultaba su boca y creaba un fuerte contraste con su corte de pelo castrense. En los laterales afeitados de su cráneo resaltaba un tatuaje de formas cuneiformes entre las cuales, cruzando la parte posterior de su cabeza, se podía leer el lema de su clan; *In hoc signo vinces* —en este signo vencerás.

Vestía un sencillo uniforme escarlata, con dos estrellas plateadas en el cuello de su chaqueta, ceñida y abotonada hasta el último botón. Carecía de rango o título, aunque tampoco requería de ninguno. Aun siendo una de las personas más poderosas del planeta, dentro de la jerarquía de Marte él no era nadie.

En su cinto, también rojo, colgaba un viejo revólver que había pertenecido a su familia desde los tiempos del éxodo y la colonización.

Sus ojos no se despegaban de las pantallas mientras saboreaba cada tibio trago del café contenido en el bulbo de goma en su mano, incapaz de mantenerlo separado de sus labios por más de un par de minutos. Sorber café a través de una boquilla le parecía arduo e indigno, pero no había otra forma de satisfacer la demanda de cafeína constante de sus cansadas neuronas fuera del alcance del pozo gravitatorio de Marte.

Las pantallas revelaban también una vista portentosa del planeta rojo, suspendido como un orbe gandul que dominaba casi todo el firmamento. Las luces distantes de las demás astronaves danzando en torno a él componían constelaciones en reconfiguración perpetua. Cada una de ellas era un testimonio del ingenio humano y un desafío a la inmensa calma negra que las acechaba. La frontera definitiva seguía ofreciendo una promesa de aventura y gloria, si bien Nolan no compartía ese ensueño. La realidad de la vida en el espacio era mucho más sombría que eso. La humanidad no estaba destinada a prosperar en él y la presencia de aquella nave en la órbita de Marte era prueba de ello.

Según los registros de Mars Ultor su nombre era *Sant Jordi*, una astronave de diseño sencillo. Su forma recordaba a una lata tubular, impulsada por dos motores de pliegue cobijados en sus entrañas y equipada con tres propulsores que ardían en la popa dejando a su paso un rastro refulgente. La estética en los viajes espaciales era algo opcional. En los tiempos de la primera diáspora, antes de la guerra, la mayoría de naves ni siquiera estaban diseñadas para volar en atmósfera, con lo que las posibilidades de que alguien viera su exterior eran más bien escasas.

Las astronaves más modernas, en cambio, eran piezas de ingeniería pomposas, de formas y líneas aerodinámicas, aun si la

carencia de aire en el espacio hacía de ellas algo redundante. Sus exteriores estaban siempre decorados por grandes murales que conmemoraban algún hecho histórico, escenas de exploración y grandes batallas espaciales. Para Nolan esa divergencia superficial resumía el largo y sinuoso camino que la humanidad había recorrido.

Esperó pacientemente a la llegada de los hombres que componían la tripulación de la *Sant Jordi* acompañado de sus asistentes, tres jóvenes reclutados por él mismo en persona de la academia de burócratas. Los tres con una capacidad extraordinaria para encargarse de todos aquellos asuntos que le podían robar un tiempo que en su posición era de extrema valía. Habían sido castrados, por supuesto, como era requisito para todo miembro de los clanes *yeoman* que accedía a los ministerios de Marte.

El acceso lateral de la sala se abrió y una comitiva armada apareció escoltando a dos hombres. Tras ellos algunos operarios cargaban con un pesado objeto cubierto por una lona. En cuanto los vio, Nolan ordenó a las células inteligentes de sus córneas que le mostraran la información personal que la intranet guardaba de ellos. En su campo visual, justo encima de ambos hombres, aparecieron sendas etiquetas luminosas con todo lo que necesitaba saber sobre ellos.

—Vota N'Krakio. —Nolan saludó primero al más alto y corpulento de los dos. Sus brazos y cuello estaban cubiertos por vistosos tatuajes y su piel morena delataba una mezcla de genes. Era el capitán de la *Sant Jordi*. Luego se volvió hacia su acompañante—. P'Taro Hati, bienvenidos a casa. ¿Solo quedáis vosotros dos? Los registros hablan de una tripulación mínima de seis.

—Los demás han perecido durante el viaje —se limitó a contestar Hati, el oficial científico, según le mostraba a Nolan la intranet.

—Supongo que tenemos mucho de qué hablar.

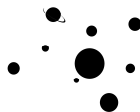
—No me jodas —respondió el capitán N'Krakio inclinándose sobre Nolan. Su voz era ronca y desagradable—. Veintitrés asquerosos años vagando por el espacio, siendo los putos basureros de Marte, ¿y no nos dejáis siquiera poner pie en tierra? ¡Hostia puta! Y ni un solo burdel en toda esta asquerosa roca.

Nolan inspiró y se recordó a sí mismo que aquellos dos hombres llevaban tanto tiempo aislados de la civilización que los modales y la educación debían ser para ellos conceptos exóticos.

—Lo lamento, la cuarentena es obligatoria para toda nave que regresa tras haber permanecido tanto tiempo en el espacio. —Nolan miró de reojo al voluminoso bulto que los operarios cargaban de camino a la sala de control biológico—. Y más cuando no nos habéis dicho qué carga traéis de vuelta con vosotros.

El capitán sonrió juguetón e intercambió una mirada cómplice con su compañero.

—Traemos algo que tú y los tuyos lleváis siglos diciéndonos que es imposible que exista. —N'Krakio acercó tanto la boca a la cara de Nolan que este pudo escuchar su lengua moverse sibilina—. Traemos a un terrano.



El viaje en lanzadera desde la estación de Fobos hasta las oficinas diplomáticas de Mars Ultor duraba trece minutos. Durante ese tiempo Nolan permaneció en silencio. El caché de la memoria de la computadora de la *Sant Jordi* había sido borrado y tratar de acceder a sus mapas estelares para saber dónde había estado la nave era una pérdida de tiempo. Ese mero hecho hablaba sobre la ambigüedad de las intenciones del capitán N'Krakio y su oficial científico.

Pero no era eso lo que tenía la mente de Nolan ocupada.

Sus ayudantes le transmitían por un canal privado lo que el equipo científico de Fobos reportaba sobre la *carga* con la que habían regresado. Leía una y otra vez lo que los análisis del humano contenido en la vaina de hipersueño mostraban, con su interés focalizado en la imagen que flotaba en la pantalla etérea de sus córneas. Era un hombre, de aquello no había duda, y no obstante, incluso sin necesidad de leer su mapa genético, Nolan sabía que su existencia era imposible.

A través de las generaciones, la baja gravedad de Marte y los asteroides donde la humanidad había hallado su nuevo hogar había

esculpido la fisonomía humana. Los cambios, imperceptibles dentro de los siglos que habían requerido para producirse, se volvían dolorosamente evidentes al ver a ese hombre. Su existencia era una blasfemia, un insulto para todo aquello en lo que Nolan creía y había jurado proteger, pero las imágenes que la intranet le mostraba eran claras. Aquel hombre existía y estaba vivo.

Nolan cerró el enlace y se centró en los dos hombres que tenía ante él. No podía ni imaginarse lo que pedirían a cambio de la mercancía y, sobre cualquier otra cosa, como pago por su silencio.

La lanzadera penetró la ligera atmósfera marciana y la fricción resultante brilló en los ángulos de la pequeña nave. El piloto accionó los estabilizadores para contrarrestar la creciente influencia de la gravedad del planeta. En el exterior el paisaje de Marte empezó a trazarse. A esa altura la Amazonis Planitia, su destino, parecía un gran lago rojo enmarcado por montañas agrestes. Nolan conocía los nombres de hasta el más pequeño monte, cañón, cráter o cauce seco de la geografía marciana, y a aquellos que carecían de uno él mismo se lo daba.

Al oeste se podía distinguir el margen del gran cráter del Monte Olimpo, el mayor de los numerosos volcanes que rodeaban la llanura, tan extinto como el resto del planeta. En el horizonte, los espejos orbitales redirigían la luz solar hacia los polos, en su esfuerzo por calentar el dióxido de carbono contenido en el hielo de los casquetes polares y desencadenar así el tan necesario efecto invernadero. El primero de muchos pasos dentro del gran proyecto de terraformación al que todos los habitantes de Marte dedicaban por entero sus vidas.

Las cúpulas de Mars Ultor brillaban en la superficie como diminutas perlas negras y, entre todas ellas, la gran cúpula central se elevaba majestuosa. Los hábitats se dispersaban por la planicie como un gran mecano articulado. La noche caía ya como un manto de seda negra con millones de luces ardiendo en su interior, concediéndole a las cúpulas un aura dorada. Dentro de cada una de ellas la ciudad se distribuía en perfectas cuadrículas y, bajo los miasmáticos desfiladeros que trazaban sus calles, kilómetros y kilómetros de túneles excavados en la roca se hundían en el suelo marciano como las venas bajo la piel de un gigantesco ser vivo.

Marte albergaba tres ciudades más aparte de Mars Ultor; Edo, Kesse y Memoria. Pero las tres juntas no representaban ni la mitad de la población total del planeta. El resto vivía en la capital. La totalidad de la biosfera humana se había reordenado en tres espacios absolutos; estaciones espaciales, hábitats artificiales y astronaves.

Durante el apogeo de la diáspora, decenas de miles de millones habitaron los mundos conquistados por la ciencia y la tecnología del hombre, la gran mayoría de ellos en la Tierra, el centro de un imperio inaudito que abarcaba hasta los confines mismos del sistema solar. Al presente, una mera fracción sobrevivía, la población de toda la especie limitada por el espacio que concedían los hábitats artificiales y la capacidad de los soportes vitales para mantenerlos con vida. Una tragedia de proporciones incomprensibles mediaba entre esas dos realidades.

Quedamos tan pocos, meditó Nolan, masticando sus pensamientos en privado.

El compartimento de pasajeros se inclinó e iniciaron el descenso hacia uno de los hábitats contiguos a la cúpula central. La plataforma privada de aterrizaje brilló marcada por las luces verdes de aproximación. Varias astronaves más reposaban amarradas en la zona de aterrizaje del puerto espacial. Miles de naves de transporte como aquellas eran las encargadas de traer los bloques de hielo, los metales primordiales y, por encima de todo, el precioso helio-3 desde las colonias mineras del cinturón de asteroides para nutrir a los hábitats. Torrentes de riquezas como nunca ninguna civilización hubiera visto jamás antes. Y con ellas el poder.

Aterrizaron en medio de un quejido de neumáticos y humo negro al tiempo que el piloto detenía la lanzadera. Cuando la iluminación del interior cambió, Nolan se liberó de las sujeciones de su asiento y dejó que su cuerpo se acostumbrara a la nueva gravedad.

No hay nada como el hogar, pensó, percatándose del peso con que cargaba esa palabra.



AZIZ

El sol de la mañana cortaba el cielo a lomos de gigantescas nubes de hidrógeno. Suspendeda en el horizonte, la luna, en su furioso cuarto menguante, se negaba a abandonar el firmamento a pesar de que el día ya avanzaba decidido. El aire del respirador desprendía un tufo infernal. Aziz Sagan se lo había quitado, cosa que estaba prohibida por las regulaciones sanitarias de la Colmena, pero que era necesaria para poder disfrutar de una buena cerveza helada. Cada dulce sorbo que daba sabía a libertad y le recordaba que todavía era humano.

Echó un vistazo al contador atado a su muñeca.

Falta poco, pensó, y luego dejó a su mirada degustar el paisaje.

La fábrica se extendía sobre la árida estepa como una centelleante joya a medio enterrar, compuesta por un monumental galimatías de conductos, cables, torres de refrigeración, tanques de

gas, chimeneas y grúas hidráulicas entrelazadas. El vapor y los gases derivados de la combustión ininterrumpida durante tres siglos teñían el cielo de un color terroso. Un mundo horrendo y bello por igual, casi nunca contemplado ya por el ojo humano. Ese era su hogar y el hogar de su padre antes que él.

La Tierra, menudo estercolero.

Muy lejos de allí se encontraba la ciudad flotante de Tarso, unida a la fábrica por tres cordones umbilicales de acero. Aziz había oído a Roc afirmar incontables veces que en un día claro se podía ver brillar el plasma que escupían los poderosos propulsores que la mantenían en el aire, si bien Aziz era incapaz de recordar un solo día que no amaneciera sepultado bajo la neblina nociva en los tres años que llevaba como técnico.

La alarma de seguridad le había arrastrado fuera de la comodidad de su cabina para revisar una anomalía en la torre de ventilación más alta de su sector. El único acceso a ella era una escalerilla que subía hasta la cima y temblaba al ritmo de un viento seco que le abrasaba la piel. A esa altura, respirar era como tragarse un puñado de agujas muy finas, incluso con el respirador puesto.

El brazo izquierdo le dolía lo bastante como para que le costara trabajo ignorarlo. Aunque intentaba convencerse de que las prótesis no redirigían señales nerviosas al cerebro, lo cierto era que el dolor no había desaparecido desde el día en que había perdido su brazo natural. Ese viejo pedazo de metal de segunda mano que vestía ahora era la prueba irrefutable de su debilidad.

Aparte del brazo, el resto de su cuerpo era original. No podía permitirse ninguna parte u órgano artificial más, ni se atrevía a acercarse a las clínicas clandestinas de la Colmena, más interesadas en extraer que en reemplazar. Una noche, hacía tiempo, Roc le había contado la historia de un técnico que había recurrido a una clínica clandestina, para solucionar una artrosis crónica en las dos rodillas, y había despertado de la anestesia solo con lo imprescindible para poder vivir unas horas más. Incluso le habían cortado las pelotas. Aziz no sabía si creerse esa historia, pero no estaba dispuesto a probar que Roc se equivocaba con las clínicas.

Hacía cosa de una hora que había terminado la reparación, pero no tenía prisa alguna por volver al interior. La única razón por

la cual todavía enviaban técnicos humanos al exterior era porque las latas automatizadas eran caras de reemplazar, no como él, así que aceptaba ese pequeño momento de tranquilidad como un incentivo implícito en su contrato.

Cada mañana al levantarse Aziz se consolaba diciéndose que su tiempo seguía siendo suyo y de nadie más, pero no estaba seguro de cuánto tiempo podría seguir creyendo esa mentira. La verdad era que él, como los demás habitantes de la Colmena, no era más que carne sucia y metal oxidado, la mugre acumulada bajo la suela de las botas de Tarso, esperando a ser lavada.

Se sentó y escudriñó su bolsa en busca de algo que llevarse a la boca. Solo encontró un pequeño frasco azul. Lo agitó y escuchó su contenido repicar. Lo abrió y la última píldora de proteínas se posó sobre la palma de su mano natural. *Qué buena pinta*, se dijo Aziz para sus adentros. Sin pensárselo dos veces se tragó la píldora y la bañó con un buen trago de cerveza que no logró disimular el sabor sintético. Costaba creer que una comida tan insípida pudiera saciar a una persona durante nueve horas y no pudo evitar fantasear con la comida de la ciudad.

Estaba solo en esa torre que arañaba las nubes como un gran dedo metálico. Hacía meses que no salía a la superficie y ver el cielo después de tanto tiempo le causaba una nostalgia extraña. La existencia allí era sencilla, reducida al rumor de su respiración y a un bochorno tan empalagoso que se sentía como cubierto en un sudario de orina tibia. Aziz se pasó los dedos entre el pelo grasiento y enmarañado, se subió las mangas de la chaqueta y sopesó si valía la pena arriesgarse a quitársela. Su piel azabache estaba salpicada de cicatrices blanquecinas causadas por los rayos solares que se filtraban a través de la atmósfera gris. El sol te podía freír la piel en pocos minutos si te descuidabas.

Salir al exterior de la fábrica era algo más emocional de lo que le gustaba reconocer. Una parte de él no dejaba de pensar en su padre siempre que cruzaba la esclusa de aire. Recordaba las conversaciones que había tenido con él e imaginaba todas las que nunca había tenido oportunidad de tener.

—Tarde o temprano todos morimos —le había dicho una vez—, más vale que hagas algo con tu tiempo antes de que te llegue el turno de pasar por caja.

A veces deseaba no volver a salir al exterior, no recordar ese aspecto de su vida y el resentimiento que conllevaba. Pero por mucho que le doliera recordar, era la única forma para Aziz de sentirse cerca de su padre.

La alarma del contador pio y le devolvió al presente.

Cuatro, tres, dos, uno...

Una de las válvulas de presión petó y expulsó una mezcla de residuos tóxicos incinerados. Al instante una columna de gas se elevó por encima de él. Aziz inhaló los productos químicos y enseguida notó la cabeza pesada. Los colores adquirieron una calidad radiactiva.

Maravilloso... pensó.

Se acabó la cerveza de un buen trago y lanzó la botella de vidrio desde lo alto de la torre en una parábola perfecta. No vio bien dónde cayó, pero sí que la pudo oír romperse allí abajo. La acústica del lugar era digna de una ópera. Aziz se quedó unos segundos embobado hasta que algo le llamó la atención. A unos cien metros de donde había caído la botella advirtió una luz roja intermitente.

¿El piloto de una válvula? No puede ser.

La luz se movió y comprendió qué era. Un viejo dron militar, una máquina que debería haber muerto en la guerra y que seguía activa a base de canibalizar otros drones por sus células de energía. El ruido de la botella al romperse debía haberlo atraído hacia la torre.

Su torre.

Aziz se agachó aterrado, su corazón le urgió a buscar un agujero en el que esconderse. Tenía que bajar de la torre y tenía que hacerlo rápido, regresar a la seguridad de la Colmena.

Siempre que le tocaba escalar alguna de las torres lo hacía llevando consigo una cuerda de fibra de acero, la más larga que había podido robar del depósito. No sabía muy bien por qué lo hacía. Quizá por cautela, quizá por superstición. El caso era que la

cuerda no llegaba hasta la base de la torre, pero era un buen atajo para hacer la primera mitad del tramo de bajada.

La ató a un soporte de la torre y tiró el rollo de cuerda por el lateral. Se cargó la mochila con las herramientas a la espalda, se puso los guantes y se pasó la cuerda entre las piernas. La cogió fuerte con la mano derecha y se subió a la barandilla con una caída de medio kilómetro a su espalda.

*No mires, no mires, no mires, no mires, no mires...
joooooooooooooooooder.*

Aziz flexionó las rodillas, se impulsó contra la estructura de acero y se arrojó al vacío. Las manos le ardían y la cuerda le aplastaba un testículo, pero la vista desde ahí era excepcional. Con la mirada intentó localizar la lucecita roja del dron y rezó para que este no le hubiera visto.

Unos metros antes del final de la cuerda Aziz frenó su caída y se agarró a la escalera. Podría haber sido peor y sin duda lo sería. Se desató y se preparó para hacer el segundo tramo. Apretó los laterales de la escalera con el interior de sus gruesas botas de trabajo. Aflojó la mano derecha, luego la izquierda y empezó a deslizarse, ganando velocidad en dirección a la plataforma de servicio. De la fricción entre su mano izquierda y la escalerilla saltaron chispas y trozos de piel sintética, y notó la mano derecha en carne viva. Las piernas le temblaban. Solo tenía que aguantar un poco más...

Unos metros antes de llegar a destino, los pies le traicionaron, su agarre cedió y Aziz se estampó contra el panel metálico de una caja de fusibles. El codo le explotó y de inmediato notó la cabeza palpar.

Se levantó como pudo y miró a su alrededor.

El pánico que impregnaba cada brizna de su ser era implacable y a la vez su mejor oportunidad para seguir con vida. No quería quedarse quieto, quería correr sin importar la dirección. Tuvo que contenerse y obligarse a sí mismo a pensar. No veía ni oía nada. La penumbra de la superficie de la fábrica había embotellado todo el universo y lo había reducido a lo que veía a unos pocos metros ante él.

Entonces, con mucho cuidado, se llevó una mano temblorosa a la cabeza, se bajó la máscara y se la ajustó a la cara para poder

respirar mejor. Parpadeó para alejar las lágrimas que manaban de sus ojos. A través del visor de la máscara su entorno se volvió algo más claro.

—Dónde estás, dónde estás, dónde estás... —se repetía Aziz en voz baja.

De repente un estruendo metálico hizo tambalear toda la plataforma de hormigón como si fuera una hoja de papel. Aziz se dio la vuelta justo a tiempo para ver un enorme armatoste aparecer a su espalda y rogó a los cielos poder conservar su brazo natural un día más.



TÉRICA

Por la noche, el rocín pálido que se proyectaba sobre la ciudad flotante de Tarso acariciaba las aristas de las estructuras de metal simulando un castillo de fuegos artificiales.

A Térica Oswald le costaba apartar la mirada del caparazón que la protegía a ella y a los demás ciudadanos. No dejaba de preguntarse cómo debían haber sido las noches estrelladas de antaño, los amaneceres, la lluvia... la sola idea de vivir a merced de los elementos le resultaba fascinante. El cómo la humanidad había sobrevivido durante milenios en la superficie de la Tierra, a kilómetros bajo sus pies, sin la seguridad con la que Lilit les había bendecido era un misterio que no alcanzaba a comprender.

Las puertas del tren tubular se cerraron con un silbido mecánico, robándole la visión de la ciudad. La pequeña pantalla que

descansaba en su mano le mostró a Térica la cara magullada de un hombre de gesto abatido.

La presa de esta noche.

Las falsas ventanas del tren emitían el canal de noticias de la ciudad. Un ciclo de imágenes acompañadas por la voz ininteligible de una mujer escupida a través del sistema de altavoces roto. No había nadie más en el vagón con ella. Nadie quería ir adonde ella se dirigía, a los anillos exteriores, los distritos más alejados de la ciudadela plateada que servía de centro neurálgico a la mastodóntica urbe flotante.

El tren tubular se detuvo en seco al llegar a la última parada, abrió sus puertas para liberar a su única pasajera, y Térica se sumergió en el barullo de estructuras metálicas del séptimo anillo de Tarso. Por muchas veces que su deber como guardiana la arrastrara hasta aquel lugar, nunca conseguía acostumbrarse al gentío que lo infestaba.

El crecimiento descontrolado de Tarso era evidente. Los bloques de cemento se elevaban hacia el falso cielo de la ciudad encapotado por las partículas de piel seca acumuladas. Por encima de ella corría el enjambre de pasarelas que comunicaba los edificios entre sí, creando un laberinto en el que uno bien podía desaparecer para siempre si no vigilaba sus pasos. Algunos pórticos habían ganado terreno a las calles y la proximidad entre ellos dificultaba aún más el paso.

Enclaustrados bajo la cúpula que protegía la ciudad de las violentas ráfagas de viento a tal altura, lo único que los separaba de la asfixia era el control activo de la natalidad. Sin embargo, en los anillos exteriores tal control era una falacia. La sobrepoblación allí era un problema del que nadie hablaba en la ciudadela. El crimen y la violencia estaban cada vez más presentes a medida que uno se alejaba de ella, pero eso era algo que solo conocían aquellos a los que se les permitía el libre paso entre anillos. Los demás ciudadanos privilegiados permanecían cobijados con gusto por una feliz inopia.

En aquellas calles la gente no tenía nervio en su expresión. Los pobres y desempleados malvivían trapicheando en mercados callejeros improvisados sobre mantas. En ellos uno podía encontrar

manjares deshidratados junto a figuras que representaban a Lilit y juguetes de latón hechos a mano.

A cada esquina que giraba, a cada túnel por el que se adentraba, podía sentir los ojos de aquellos que se cruzaban con ella fijarse en su pequeña y fina figura. Térica no llevaba ningún distintivo que la identificara como guardiana de Tarso, pero su ropa pulcra y de aspecto nuevo, en contraste con los harapos que vestían la mayoría de ciudadanos en los anillos exteriores, su abrigo negro y largo, y su caminar erguido la delataban.

La mirada de Térica sobrevoló los rebaños que se tambaleaban en su ir y venir, callándose a su paso, cuchicheando. Sus pupilas dilatadas brillaban con las luces de neón de colores. En los anillos centrales todo ciudadano nacía con un propósito grabado en su genoma. En lugares como ese, en cambio, la gente pasaba sus días con la terrible certeza de que nadie se preocupaba por su suerte.

Excepto cuando violaban la ley.

Sin apartar los ojos del gentío, Térica se abrió los botones del abrigo y dejó que ondeara libre al ritmo de sus pasos, de tal modo que todos pudieran ver el arma que llevaba amarrada al muslo. Los diodos emisores de luz fusionados con las células de sus córneas no dejaban de mostrarle en el éter de su campo visual los nombres y datos de todo transeúnte que captaba la atención del sistema de reconocimiento facial.

—¿Por qué no dejan de mirarte?

La voz que le llegaba a través del nanoauricular implantado en su oído pertenecía a Valentine Proxy, su observador y amante. La vigilaba desde alguna oficina aséptica de la ciudadela gracias a la señal que enviaban sus retinas y el circuito cerrado de vigilancia de la ciudad.

—Saben lo que implica mi presencia aquí —respondió Térica, sin apenas preocuparse de que alguien la pudiera oír—. No les culpo por ello.

—No entiendo por qué no muestran más respeto, representamos la ley y la voluntad de Lilit en esta ciudad.

Térica se imaginó la mueca de asco en el rostro de Valentine y dejó escapar una risita aguda.

—Este no es tu mundo, querido, es el mío. Aquí Lilit no es más que una leyenda.

Ni siquiera yo sé si el creer en ella vale la pena.

Hubo un tiempo, cuando era una guardiana más joven e inexperta, en el que Térica había disfrutado yendo a los anillos exteriores empuñando su autoridad en alto para que todos la pudieran ver. *Soy una guardiana de Tarso*, habría dicho al primer transeúnte que osara siquiera mirarla mal. Pero hacía mucho que aquella pantomima había perdido significado para ella.

Un aviso saltó en las córneas de Térica, el contorno perfilado en rojo de un hombre a su izquierda, parado junto a la puerta metálica de un bar. Se había bajado los pantalones y reía como un maniático mientras se estrujaba la polla con una mano grasienta.

—Deberías detenerlo —dijo Valentine, encantado de jugar el papel de macho protector que años de evolución le exigían.

Térica soltó un suspiro, se llevó las manos a la cara y se aseguró de que Valentine pudiera verla bien a través de los sensores incrustados en las columnas entalladas que sostenían el pórtico del edificio más cercano.

—Debería seguir buscando a nuestro hombre —dijo ella—. ¿No cree, observador Proxy?

Un imponente video-mosaico, que cubría la fachada entera de uno de los bloques de viviendas a su derecha, emitía anuncios de colores animando a Térica a probar todo lo que la noche de Tarso tenía para ofrecer. Cautivada por las imágenes repetidas en bucle, luchó contra el impulso de adentrarse en alguno de los locales de entretenimiento que la asediaban. Diablos, la fantasía de renunciar a una vida de responsabilidad y abandonarse a beber sus días gota a gota era tentadora.

Valentine habló, la fantasía se esfumó y Térica tuvo que contener un impropio en su garganta.

—Al final de la calle.

El edificio residencial al que se refería era una torre apanalada, iluminada por resplandecientes focos halógenos. En el líquido del iris de Térica se dibujaron delgados surcos de luz blanca que se sobrepusieron a la estructura de la fachada. Ante ella se abrieron centenares de pequeñas ventanas que le mostraron el número de

inquilinos, el nombre de cada uno de ellos y el número de apartamento que ocupaban. La mayoría no se encontraba en sus hogares, a buen seguro dispersados por los locales de ocio de la zona.

Térica seleccionó el apartamento que le interesaba y examinó el registro de la vivienda. Hacía seis meses que una unidad familiar se había instalado en ella. Dos mujeres, Vetla y Lara Nova, tutoras legales de un niño de poco más de cuatro años. La red del edificio le dijo que los tres llevaban en casa todo el día. No habían salido para nada.

Una repentina bocanada de aire frío le provocó un espasmo involuntario. Demasiado tiempo haciendo ese trabajo.

—Pincha la red de todo el edificio y vigila las calles contiguas.

—¿De verdad sería tan estúpido como para volver? —preguntó Valentine.

—Todos vuelven. —Térica avanzó en dirección al alto bloque de viviendas de aspecto destartado y se detuvo ante las puertas de acceso al vestíbulo—. Siempre vuelven.



NOLAN

El capitán N'Krakio y el oficial científico Hati estaban sentados frente a Nolan, al otro lado de la gran mesa tallada en piedra roja que presidía la sala de reuniones. Sobre la mesa tan solo había una jarra metálica con agua y tres vasos.

—Bien, señores —Nolan fue el primero en hablar—. No es necesario que les diga lo trascendental que es este hallazgo para Marte y las colonias. Pero empecemos por el principio. ¿Dónde encontrasteis a... vuestro pasajero?

—Seguimos una señal —dijo Hati con evidente incomodidad.

—¿Qué clase de señal?

—Una baliza.

El oficial científico miró de soslayo a su capitán. A su lado, N'Krakio se sirvió un vaso de agua y dio un trago. Su cara se tornó en una mueca.

—Joder, no puedo esperar a conseguir algo de alcohol. El sintético que producen las naves no vale una mierda.

Vota N'Krakio era sin duda quien llevaba la iniciativa, el macho alfa. Un capitán veterano de la armada de Marte seleccionado de manera expresa para una misión vital; rastrear las miles de astronaves hechas pedazos que permanecían a la deriva eterna tras la guerra y recuperar toda tecnología aprovechable.

Pero ese hombre no era nativo de Marte. Había nacido y se había criado en la colonia de Calisto. Su alistamiento no se había producido por patriotismo ni por un sentido del deber hacia la raza humana, sino como pago de la cuota de soldados que las colonias enviaban a Marte cada cinco años. *Un mal necesario*, solía llamar el padre de Nolan a hombres como él. Alguien con ese pasado venía inevitablemente con un orgullo a juego. Su lealtad se debía a la dirección en la que soplara el viento en sus huesos.

—Hace setenta y dos soles —prosiguió Hati—, estábamos estacionados en la órbita de Venus, recuperando chatarra de la guerra.

—Está prohibido acercarse tanto al interior del sistema —interrumpió Nolan.

—Sí —respondió N'Krakio desafiante—, por eso mismo es allí donde nos encontrábamos. Es en el interior del sistema solar donde se libraron la mayoría de batallas y es donde se puede recuperar una mayor cantidad de tecnología. Nadie más se atreve a ir, ni los piratas espaciales. Solo nosotros.

—Estábamos examinando la superficie desde la órbita, recabando datos, cuando nuestro astronavegador, Johnio Cotte, captó una señal intermitente. La baliza de una nave proveniente de un planeta próximo, a algo más de cuarenta millones de kilómetros...

—La Tierra —dijo Nolan.

N'Krakio chasqueó la lengua.

—La seguimos de inmediato —continuó Hati—. Nada debería estar vivo tan cerca del Sol, o eso pensábamos. Ningún sistema electrónico podría haber sobrevivido después de tanto tiempo. La mayoría de la chatarra que recuperamos está inservible, solo tiene valor por sus componentes. El capitán decidió enviar un pequeño

equipo para investigar el origen de la señal ya que, por imposible que fuera, tenía un patrón muy claro. Era sin duda artificial. La técnico de salvamento Any Bertev, el primer oficial Zako Riffost y Cotte cogieron una de las lanzaderas y bajaron al planeta.

—¿Bajasteis a la Tierra? —cortó Nolan.

—Sí —respondió Hati—, el capitán insistió.

El oficial científico calló, sus ojos se tornaron fríos como el acero desnudo. N'Krakio puso una mano firme sobre su hombro.

—Al poco de que la lanzadera aterrizara en el planeta, perdimos contacto con el equipo de reconocimiento —dijo N'Krakio—. En contra de la ordenanza de navíos, ordené al timonel Turán que hiciera aterrizar a la *Sant Jordi* en el planeta, y abandoné mi puesto junto a él, dejando a Hati al mando. Seguimos la señal del localizador del equipo y encontramos una gruta excavada en la ladera de una cadena montañosa. En su interior descubrimos los cuerpos sin vida de mis hombres, tendidos junto a varios cuerpos más que no supimos identificar. Algo les había atacado, *alguien* les había tendido una emboscada. El terrano que hemos traído le abrió un boquete en el pecho al timonel Turán y por poco me deja seco a mí también.

—¿Sabéis con certeza quién inició las hostilidades? —preguntó Nolan.

—¿Y eso qué coño importa? —replicó N'Krakio—. Yo les puse fin.

—Cuando el capitán regresó con el terrano... no me lo podía creer. —Hati miró a Nolan a los ojos por primera vez—. Es decir, después de la guerra la Tierra quedó colmada de radiación, ¿no es así? Una radiación más intensa que la que soportan los hábitats de Gánimedes y Calisto. No debería quedar nadie allí. *Nadie*.

La expresión de Nolan se endureció y el capitán N'Krakio se inclinó sobre la mesa.

—Ya sabíais que quedaba gente en la Tierra —dijo N'Krakio—, ¿no es así?

—Sí —asintió Nolan—. Cuando se llevó a cabo el éxodo, hubo quienes decidieron en contra de abandonar la Tierra. Lo hicieron sabiendo que morirían. O eso se suponía. Las condiciones de vida

en la Tierra eran y son insostenibles. No sabemos la razón, pero de alguna forma han logrado sobrevivir.

—¿Y por qué ocultarlo? —La cara de Hati era de absoluta perplejidad. Nolan no pudo más que sentir lástima por el oficial científico y su incapacidad para ver más allá de su limitada percepción—. La gente merece saberlo.

—Pensad en lo que hemos conseguido aquí —dijo Nolan—, en Marte. En lo que podemos lograr como especie. Nada de esto hubiera sido posible sin la pérdida de nuestro hogar. La Tierra es el mártir que necesitábamos para desear ser algo más que el animal que éramos. Si la gente supiera que queda alguien allí, que alguien se quedó atrás, muchos desearían volver. La terraformación de Marte se pararía y las colonias dejarían de producir los minerales que los hábitats y las astronaves necesitan para subsistir. No podemos permitir eso. —Nolan se volvió hacia N'Krakio, mirándole con ojos gélidos—. Pero eso no es lo realmente importante aquí. La baliza, ¿encontrasteis su origen?

—Oh sí, lo encontramos. —La cara de N'Krakio se deformó tras un guiño de complacencia.

Nolan se levantó y se dirigió hacia el gran ventanal que rodeaba la sala. Bajo él se desplegaba una vasta extensión de edificios abovedados y torres afiladas que despuntaban como agujas doradas. Las luces artificiales acentuaban el contraste entre las estructuras de colores claros con el voraz rojo del planeta. En el horizonte millones de estrellas prendían en la noche tras la protección de la gran cúpula central.

Antes de la guerra Mars Ultor había sido el puerto espacial más importante de todo el sistema, una escala obligatoria para las astronaves que cubrían la ruta entre las colonias perdidas del cinturón de Kuiper y el antiguo mundo de nacimiento de la humanidad.

—El cuerpo es vuestro —dijo N'Krakio, con los dos pies sobre la mesa y las manos entrelazadas detrás de la cabeza—, eso no es lo que os va a salir caro. Ahora bien, lo que hemos visto, lo que hemos encontrado en la Tierra... esa información no será barata. Ni nuestra discreción.

Nolan no respondió, su mirada estaba perdida entre las grandes torres pulidas del edificio central que albergaba a las castas regentes. Fue una de las primeras construcciones en alzarse en todo el planeta y, al igual que el resto de Mars Ultor, no había dejado de crecer.

—Capitán Vota N'Krakio —dijo Nolan, dándose la vuelta—, usted sirvió en la armada antes de tomar el mando de la *Sant Jordi*. Conoce mejor que muchos la amenaza que este descubrimiento supone. Qué es en realidad esa baliza que siguieron.

—Sí, así es —respondió el capitán, recostándose en su silla satisfecho—. Por eso sé del valor que tiene para usted. Ningún edén puede construirse a gusto de todos. Por más que la vida en los hábitats sea mucho más cómoda incluso de lo que había sido en la Tierra, la gente siempre está descontenta por lo que no tiene y sueña con ello, sin importarle que la realidad no converja con sus ambiciones. Su frustración se acaba proyectando siempre hacia aquellos que sustentan el poder. Hacia vosotros. Hacia *usted*, señor inquisidor de Marte.

Un objeto negro apareció en la mano de Nolan. El cañón del viejo revólver de sus antepasados estaba apuntando hacia N'Krakio. Era una Colt 45. *Pacificadora*, como la habían bautizado en la Tierra cuando aún existían infinidad de naciones y fronteras entre los hombres. Con ella un puñado de colonos había conquistado una antigua tierra de salvajes. El capitán N'Krakio no lo sabía, pero no había forma posible de que aquella reliquia pudiera disparar.

Salvo por el hecho de que Nolan había limpiado el viejo revólver con esmero cada sol de su vida adulta, como había hecho su padre antes que él, y a su vez el padre de este, y todo primogénito varón de su clan desde mucho antes de la diáspora. Y a pesar de que nada ni nadie podía escapar a la corrupción del tiempo, Nolan apretó el gatillo sin vacilar.

Un arma disparada cada día es inmortal, le había dicho su padre el día que se la había entregado.

Así que cuando Nolan apretó el gatillo, la pistola respondió obediente con un trueno que resonó en toda la sala. N'Krakio se llevó las manos al pecho al sentir el mordisco de la bala, incrédulo ante lo que estaba pasando. Nolan disparó cinco veces más. Luego, guardó el revólver en la funda que colgaba de su cinturón y caminó

templado hacia N'Krakio. Sus botas resonaron contra el suelo de la sala como los tambores de un pelotón de ejecución.

—Trescientos años —dijo Nolan, su voz adquirió un tono nuevo, desposeído de la calma con la que se había expresado hasta ese momento—. Trescientos años hemos esperado a que volvieran a aparecer para cumplir con nuestro destino.

Con una mano Nolan agarró por la pechera al capitán y lo arrastró hacia el gran ventanal, dejando un reguero rojo a su paso. Como si el robusto cuerpo de Vota N'Krakio no pesara nada, lo lanzó contra el ventanal con violencia. El cristal se resquebró, pero no cedió.

—Mírame, maldito cabrón traidor.

Hati permaneció inmóvil, preso del terror al ver a Nolan hundir su bota en el vientre del capitán. El ventanal se desintegró en miles de pedazos. Los fuertes vientos que soplaban a aquella altitud dentro de la cúpula central de Mars Ultor inundaron enseguida la sala, se llevaron el cuerpo de N'Krakio y lo hicieron desaparecer en las profundidades de la megalópolis humana.

El oficial científico P'Taro Hati seguía paralizado, aferrado a su silla. Nolan se volvió hacia él con los ojos bien abiertos, como un demente.

—Tranquilo —dijo Nolan—, no tengo prisa por matarte. Primero me vas a decir qué habéis encontrado en la Tierra.



AZIZ

La carcasa oxidada del dron mostraba marcas, arañazos y agujeros dejados por impactos de artillería pesada. Estaba hecha polvo pero parecía bastante motivada.

—¡Ven aquí si tienes cojones! —rugió Aziz desafiante, en un ridículo intento de hacerla retroceder.

Fracasó de forma miserable.

La bestia esprintó hacia él, impulsada por seis patas articuladas. La plataforma bailó al son de sus movimientos. A lado y lado de su armazón asomaban cuatro largos brazos acabados todos ellos en monstruosas pinzas. Aziz se tiró al suelo y rodó para salir del campo de visión del dron. En apenas un instante ya estaba de nuevo en pie, corriendo en dirección contraria.

En plena huida distinguió una escotilla al final de una estrecha pasarela. Unos cuantos metros más y estaría a salvo en la Colmena,

con una buena historia que contar y una jarra de cerveza helada en la mano. La verdad, por un instante, incluso creyó que lo conseguiría.

Iluso.

Una de las pinzas del dron agarró a Aziz por el hombro derecho, tiró de él hacia atrás y lo arrojó al suelo. Su umbral del dolor subió un par de palmos más.

¡HOSTIAPUTAMEHADISLOCADOELHOMBROHIJODELA GRANPUTA!

El dron se abalanzó sobre él y la oscuridad perfiló el contorno de la bestia contra el cielo. Sus pinzas giraban a gran velocidad preparadas para precipitarse hacia él. Aziz esquivó el primer golpe gracias a unos reflejos entrenados en las innumerables peleas en las que tenía el mal hábito de tomar parte, pero su suerte no duró mucho más. Con un movimiento rápido la máquina alzó a Aziz como si nada y lo volvió a estampar contra el suelo. Un chillido un tanto afeminado se le escurrió entre dientes y notó una lágrima caerle hasta la oreja. Su lamento no hizo otra cosa que espolear al dron.

Antes de ser sodomizado Aziz pudo ver en el vientre del dron un panel abierto aletear con los movimientos de este. Con el brazo derecho inmovilizado, dejó que su mano izquierda reptara hasta alcanzar el bolsillo de su pantalón. Apretó los dedos alrededor de su soplete de magnesio, lo sacó del bolsillo y lo dirigió hacia los circuitos que dejaba a la vista el panel abierto. La bestia aflojó su agarre desorientada y Aziz se dejó caer al nivel inferior de la plataforma

Se quedó todo lo quieto que pudo, acurrucado entre las tuberías de una purificadora de aire próxima, conteniendo el aliento y esperando con el soplete en la mano. Por encima de él el dron le buscaba.

Y no tardará en encontrarme.

Aziz caviló qué opciones tenía para seguir con vida. No eran muchas, pero si se podía arrastrar entre las tuberías tal vez podría coger al dron por sorpresa y destrozarle los sensores. Se impulsó con una mano, agarrándose a lo que podía, y avanzó muy despacio intentando no hacer ningún ruido. Estaba justo debajo de la bestia,

a un metro de sus patas. Aziz no era muy corpulento pero el espacio que tenía para moverse entre las tuberías era inexistente.

Salió a la superficie decidido a vender cara su muerte. En la parte posterior del armazón de la máquina vio una escalerilla y se lanzó a por ella. El dron notó el exceso de peso y empezó a tambalearse, los amortiguadores de aire maldijeron mientras él trataba de alcanzar la parte superior. Ya había prendido el soplete y estaba a punto de quemar una de las cámaras que le servían de ojos a la bestia cuando el mundo se volteó sin previo aviso. El dron era demasiado fuerte y con un movimiento brusco arrojó al débil humano contra una gruesa tubería como si fuera un zapato viejo.

El cráneo de Aziz amortiguó el golpe y un silbido agudo empezó a percutir en su sien. Cayó al suelo y no tardó en notar el lado derecho de la cara y el cuello calientes por la sangre que brollaba de una brecha abierta en su cabeza.

La escotilla parecía estar ahora a kilómetros de distancia.

Aziz yacía sobre un charco de sangre, tenía los pantalones empapados de lo que esperaba que solo fuera orina y escupió un par de dientes. *Levántate* se ordenó a sí mismo, pero su cuerpo no respondió.

—¡Maldito seas!

El dron se había girado ya sobre sí mismo y estaban ahora cara a cara. Permaneció inmóvil, quizás durante unos pocos segundos, quizás minutos.

Cuando por fin se movió, la máquina lo hizo con una rapidez inapelable. Una de las pinzas se le aferró a la pierna izquierda sin que Aziz pudiera hacer nada por evitarlo, se la aplastó y se la retorció hasta que escuchó el crujido del hueso al romperse dentro de la carne. Una ola de dolor le subió desde la pierna y se expandió por el resto de su cuerpo. Otra de las pinzas se abatió sobre su torso con una violencia terrible, pero en vez de dolor esta vez sintió un hormigueo cálido.

Y entonces, de improviso, un trueno recorrió el aire seguido de un golpe. En su estado de agonía Aziz no pudo ver nada, pero intuyó que algo había perforado la carcasa del dron. El impacto bastó para hacer vacilar a la bestia. El dron y él se miraron atónitos el uno al otro, los dos igual de sorprendidos.

Otro trueno, otro golpe, otro agujero en la carcasa. La máquina retrocedió y escaneó la penumbra.

Hay alguien aquí fuera, se dijo Aziz, pero, ¿quién?

Espabila le gritó el lagarto enroscado a la base de su cerebro.

Se levantó, cargó todo su peso sobre la única pierna funcional que le quedaba y se alejó cojeando. No podía siquiera mantenerse erguido, su cuerpo estaba roto, pero él siguió avanzando avivado por un deseo pueril por vivir.

Aziz logró llegar a la escotilla apenas consciente e introdujo su código de trabajo en el panel de acceso. La escotilla se abrió *muuuuuy* despacio y él se arrojó dentro de la cámara estanca.

Desde el suelo se arriesgó a mirar atrás.

El dron no estaba muy lejos, a solo unos metros de distancia, con sus brazos extendidos hacia adelante como si rogara por un último abrazo. Justo antes de que la escotilla se cerrara el dron recibió otro impacto, este definitivo.

Aziz buscó el origen del proyectil y creyó ver algo moverse en lo alto de una de las torres. La calidad incierta de la luz hacía difícil estar seguro de nada, salvo de que había algo ahí. *Alguien*.

Cerró los ojos y al volver a abrirlos la figura ya no estaba. La puerta se cerró y Aziz dejó ir una risita histérica.

—¿Quién eres? —le preguntó al aire, justo antes de perder el conocimiento.



TÉRICA

El vestíbulo del bloque de viviendas era un gran espacio abierto y desnudo, con un sofá mugriento y un par de butacas dispuestas en un rincón alrededor de una mesa de proyección. Una anciana fumaba sentada en una de las butacas mientras miraba a Térica con una expresión compuesta por resentimiento y pánico.

A derecha e izquierda del vestíbulo había dos puertas verdes y sobre ellas, apenas iluminado, el dibujo rústico de un hombre subiendo por unas escaleras. Térica ponderó un instante cuánta gente estaría todavía en sus casas, reticentes ante la presencia de guardianes, cuántos de ellos se sentirían tan acorralados como para caer presa de sus instintos más primarios.

—Valentine, bloquea las puertas de las viviendas —susurró Térica—. Que solo respondan a mi señal. Subiré por las escaleras.

Se dirigió hacia una de las puertas verdes y al acercarse un panel rectangular se iluminó con un resplandor rojo que cambió a verde al poner ella su mano sobre él.

La puerta se abrió.

—Son cincuenta y siete plantas —dijo Valentine en su oído.

—No me estás ayudando —respondió ella.

Los escalones eran de cemento liso y se podía adivinar que una vez habían estado recubiertos por una moqueta azul cobalto de la que ahora solo quedaban restos pegados en los cantos. La pintura gris de las paredes estaba descascarada, a juego con el lustre enmohecido de todo el edificio. Térica subió las escaleras cuidando sus pasos, con la palma de su mano posada sobre la empuñadura de su arma. A cada rellano que pasaba miraba por encima del hombro hacia atrás.

De pequeña había leído acerca de los insectos que poblaban la superficie de la Tierra, cómo algunos construían nidos que rivalizaban en complejidad con las grandes urbes humanas. Ahora se veía a sí misma trepando a través de una madriguera de diseño aberrante. Algunos pisos carecían de luz, otros estaban encharcados por las fugas de agua que nadie se molestaba en reparar.

Al llegar al acceso del piso cincuenta y siete, se asomó y echó un vistazo rápido. Dos niños jugaban en el amplio pasillo. Térica les sonrió y les enseñó la palma de la mano como haría para no asustar a un animal salvaje. Nada más verla, el mayor de los dos salió por piernas, con el pequeño pegado a sus talones.

Me han dado bienvenidas peores, se sonrió ella.

Las puertas de los apartamentos eran todas iguales, decoradas con las mismas láminas de plástico verde producidas en masa y con un número y una letra plateados fijados en el centro. El papel marrón de las paredes estaba cubierto de pintadas y mensajes escritos en la lengua criolla que se hablaba en los anillos exteriores de Tarso. Los lugares como aquel eran una auténtica pesadilla. Si los cierres de las puertas no funcionaban bien, se podía ver atrapada en una emboscada en un instante.

Siguió los números de las puertas muy despacio hasta llegar al apartamento que buscaba. Llamó y se apartó de inmediato a un lado. Su cuerpo se tensó y esperó, pero no sucedió nada. Acercó el

oído a la puerta. Lo único que le llegó del otro lado fue un silencio estridente. Nada de voces ni cuchicheos, nada de armas siendo amartilladas.

—¿Quieres que abra la puerta por ti? —dijo Valentine en su oído.

—Por favor —respondió ella—, ¿cómo puedo negarte la oportunidad de ser un caballero con esta dama?

La puerta se abrió hacia adentro y Térica traspasó el umbral dando pasos pequeños, con su arma en alto y preparada para disparar a cualquier sombra que se moviera. Dentro, la penumbra la acogió con brazos pegajosos. No había luz alguna, y la que se vertía desde el pasillo apenas ayudaba a intuir el contorno de los muebles. Bajo sus pies escuchó el crujir de cristales rotos. En el aire flotaba un insólito aroma avinagrado.

Sus ojos reaccionaron y se adaptaron al nuevo ambiente. Los infrarrojos se convirtieron en luz visible y le mostraron el comedor sumido en un desorden verde, como si alguien se hubiera peleado con toda la estancia. Una fina mesa metálica había sido empujada contra una pared y el sofá estaba tumbado bocabajo a un lado.

Todos y cada uno de los armarios estaban abiertos y su contenido había sido arrojado al suelo. Por todas partes había trozos de platos y cristales rotos, algunos de los cuales provenían de las ventanas, y las persianas estaban echadas. Varias toallas ensangrentadas estaban echas un ovillo y tiradas en un rincón. Una gran pantalla de entretenimiento, que cubría la totalidad de una de las paredes, estaba también hecha añicos.

Un par de ídolos representando a Lilit presidían el comedor. Sobre ellos colgaban inscripciones con oraciones pidiendo protección.

—¿Eso es sangre? —preguntó Valentine.

Térica vio a sus pies un fluido viscoso dibujando un camino que conducía hacia los dormitorios.

—Parece fresca —dijo ella.

Siguió el rastro con cuidado de no pisarlo y se percató de que la puerta de lo que debía ser el dormitorio principal estaba entreabierta. La sangre se adentraba en su interior como un riachuelo negro. Térica empujó la puerta del dormitorio y entró.

Dentro todo era sangre.

Dos mujeres —Vetla y Lara, dedujo Térica— yacían sobre la cama sin vida. El sistema de reconocimiento facial fue incapaz de identificar a ninguna de las dos. Sus rostros habían sido rajados con tal furia que eran apenas dos pegotes de carne picada adheridos al hueso. Sus ojos eran ahora pozos sin fondo. Las habían despellejado y se podían apreciar los músculos y tendones ensangrentados expuestos como dos modelos anatómicos. Las pieles de las dos mujeres habían sido tendidas en el cabecero de la cama como dos albornoces sucios.

Acurrucado entre las dos, distinguió el cuerpo de un niño. A primera vista parecía dormido, tumbado en posición fetal junto a sus dos madres, con los ojos cerrados en un acto de piedad. Su pequeña caja torácica permanecía inmóvil y nada se movía bajo sus párpados. Alguien se había preocupado de ponerlo ahí con extremo cariño. No tenía ni una gota de sangre en su ropa. Térica se acercó lo bastante como para poder apreciar un corte profundo en la garganta del niño.

Una voz susurró en su cabeza; *la crueldad es la condena de los débiles.*

Había sido adiestrada para filtrar imágenes como aquella. Ella debía ser mejor, impermeable al veneno del salvajismo humano. Todo lo que había aprendido desde el día en que sus tutores la aceptaron en el útero de la ciudadela había estado encaminado a renegar de los instintos de la carne, con las palabras y preceptos de Lilit enclavados en ella antes incluso de cobrar consciencia de sí misma.

Envidiaba a Valentine y a los demás guardianes por seguir creyendo en ellos como el primer día, por poder silenciar las preguntas sin respuesta que a ella la torturaban en la intimidad.

—Son recientes —dijo al fin Térica—. Todavía está en el edificio.

—Pediré refuerzos. —De pronto la voz de Valentine estaba muy lejos—. Podemos buscar en el edificio puerta por puerta.

Había días en los que Térica estaba cómoda vistiendo la piel de una guardiana de Tarso, honorable y respetada por sus semejantes, temida por aquellos que vivían bajo su vigilancia. Otros se sentía

como una cazadora entre animales. Una mujer sin conciencia ni remordimientos.

Y no había duda de lo que era ella en ese momento.

—No —dijo con sequedad—, este es mío.

Salió disparada del dormitorio, se dirigió de vuelta al pasillo y se adentró más y más en los intestinos del edificio residencial. Subió por las escaleras que mantenían los pisos zurcidos y aceleró su paso a cada tramo. A medida que subía, el sudor que rezumaba por sus poros le empapaba la ropa. Apretó la pistola en su mano con más fuerza por miedo a que se le escurriera.

Al llegar al último piso, se encontró ante la vieja puerta metálica que conducía a la azotea. Retrocedió unos pasos, comprobó la integridad de las bisagras y dejó que su corazón se acostumbrara a la urgencia de la adrenalina. Cuando se sintió dispuesta, proyectó todo su peso contra la puerta, golpeándola con el hombro. La puerta se abrió de par en par.

Al otro lado la noche de Tarso la asió junto a las luces de neón y el coro de vidas que emanaba de las calles contiguas. Térica dejó que su vista mejorada escaneara su entorno. Sentada al borde de la azotea distinguió la figura de un hombre. Apenas se parecía a la imagen del expediente, su rostro estaba mucho más demacrado, sus rasgos se habían afilado y su piel mostraba quemaduras causadas por los rayos del sol.

El sol, pensó para sí, este hombre ha visto el sol.

—Buenas noches guardiana —saludó el hombre—. Te estaba esperando.

—Yosef Yeng —dijo Térica—, has violado el destierro decretado...

Yosef Yeng alzó una mano en el aire y la movió como para ahuyentar a un insecto imaginario.

—Lo sé, lo sé, lo sé... puedes ahorrarte esa mierda.

—¿Te reconoces culpable?

Él no contestó, tan solo dibujó en su rostro una mueca dolorida y luego dijo:

—Mis padres vivían en este edificio, en el apartamento donde esa pobre familia... —Yosef se llevó las manos ensangrentadas a la cabeza—. ¿Los has visto?

—Sí —dijo Térica con la mandíbula prieta.

—Lo siento, desde que me desterraron de la ciudad las cosas han sido complicadas, creo que por fin he perdido la razón. —Yosef le dio la espalda a Térica y volvió su mirada hacia el paisaje urbano que se extendía a sus pies—. De niño subía a esta misma azotea y me sentaba aquí a contemplar la ciudad durante horas. Por la noche las luces se reflejan en la cúpula y parece que la ciudad se extienda hasta el infinito.

Yosef se alzó y se quedó de pie, sobre la cornisa, mirando al precipicio.

—¿Has estado alguna vez en la superficie, guardiana? —preguntó él.

Térica no dijo nada, se limitó a mantener su arma encarada a la nuca del hombre al que debía ejecutar.

—Claro que no —dijo Yosef—. Resulta extraño. Ahora miro la ciudad, con sus millones de vidas y sus altos edificios y sus torres plateadas, y me parece más pequeña de lo que recordaba. —Yosef bajó la cabeza—. Has venido a ejecutarme, ¿verdad?

—Sí —respondió Térica.

—Entiendo. Sé lo que sucede si un desterrado vuelve a la ciudad. Después de lo que he hecho merezco la muerte. De hecho debería haber muerto hace muchos años. Estar vivo es solo un capricho del azar.

—Yosef, necesito saber cómo has entrado en la ciudad.

—¿A cuántos fugitivos has ejecutado, guardiana?

—Yosef, necesito que me lo digas.

—¿Alguna vez sientes remordimientos? ¿Alguna vez ves sus rostros en tus sueños?

—No —mintió ella—, nunca.

—La duda en tu voz me cuenta algo distinto, guardiana. —Yosef dirigió el rostro hacia el cielo—. Yo no creía, ¿sabes? No creía en él. Todavía me niego a creer, pero sé que tenía razón. Los he visto... los he visto bajar del cielo. Vendrán más y el mundo cambiará para siempre.

Yosef se dio la vuelta y miró a Térica. El hombre tenía la cara surcada por arrugas hoscas, su expresión era de cuero ajado. Sus ojos abiertos no dejaron de mirarla al tiempo que se arrojaba al vacío.

Térica se quedó inmóvil, incapaz de entender lo que había sucedido. Luego se acercó a la cornisa y miró hacia abajo, hacia la calle. Apenas podía distinguir el cuerpo de Yosef Yeng. Un grupo de curiosos se estaba congregando ya a su alrededor. El subidón de adrenalina que la había llevado en volandas hasta esa azotea empezó a disiparse en su sangre y Térica trató de sentir algo.

Lo que fuera.

AUTOR

PAU VARELA es licenciado en Filología inglesa y máster en Construcción y representación de identidades culturales por la Universitat de Barcelona. Se inicia en el mundo de las letras flirteando con la poesía y los guiones cinematográficos, y tras participar en un taller de escritura creativa estando en Melbourne como estudiante de intercambio, empieza a experimentar con la narrativa, publicando varios relatos en fanzines y ganando el premio ARC-Catarsi 2012 de relatos de ciencia ficción, fantasía y terror. Ha divagado sobre pelis en varios blogs, colaborado en varias antologías de relatos y coordinado el libro *Sueños de Acero fundido* (2015). Ha publicado las novelas *Pandora Despierta* (2014) y *El Eterno Retorno* (2015).

Ha leído demasiada ciencia ficción y fantasía, y seguramente debería hacer caso a su familia y amigos y desintoxicarse de ambas antes de acabar tirado en una cuneta. Actualmente reside en la ciudad de Vinarós con su preciosa prometida Ana, Charly, una tortuga mutante adolescente en proceso de ser ninja, y Uhura, una perrita demasiado espabilada para su propio bien.

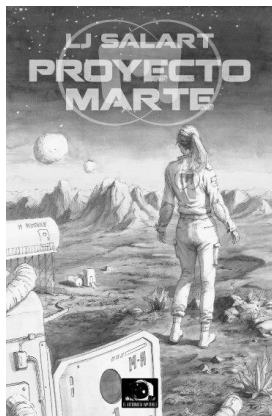
Contacto:

e-mail: maebase@gmail.com

Twitter: [@Jonseyelgato](https://twitter.com/Jonseyelgato)

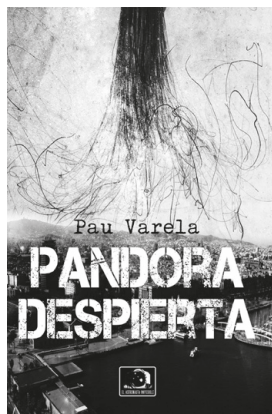
Blog: elastronautaimposible.blogspot.es

OTROS TÍTULOS DE EL ASTRONAUTA IMPOSIBLE



PROYECTO MARTE

Sigue el camino alrededor de Usha Leber, la primera humana en respirar el aire de Marte de manera oficial. ¿Podrá seguir la paz en la Tierra cuando se haya completado su gran sueño compartido? La terraformación marciana. Humanos afrontando su futuro. Inteligencias artificiales y biotecnología. Vive la Era de Marte.



PANDORA DESPIERTA

No fue una guerra. No hubo lucha alguna. A las doce de la noche de un domingo de octubre frío pero ordinario en todo lo demás, ni veinticuatro horas después del avistamiento de la primera nave, la humanidad pasó de dominar la tierra a ser una especie en peligro de extinción. Los ejércitos de la mayoría de potencias militares del planeta quedaron reducidos a cenizas durante las dos horas siguientes al primer contacto. Ni rebeliones, ni héroes, ni resistencia, ni grandes batallas. Simplemente el exterminio sistemático de toda una especie. Nosotros.

Visita
elastronautaimposible.blogspot.es

